

**PANEL: Relación entre generaciones**

La vida fraterna en una comunidad monástica cristiana es ante todo un hecho de fe. Consecuentemente la relación entre ancianos y jóvenes -jóvenes y ancianos- en un monasterio cristiano es igualmente una realidad que sólo puede valorarse adecuadamente desde la fe.

La psicología, la sociología y las demás ciencias humanas nos ofrecen una invaluable ayuda para profundizar nuestro conocimiento sobre la vida en comunidad, y la relación intergeneracional, pero para el monje y la monja cristianos es sólo desde Cristo que lograrán captar el verdadero significado de estas realidades. Únicamente desde esta óptica nos será posible comprender en profundidad lo que significa *vivir en comunidad*.

Cuando optamos por una determinada comunidad, no elegimos a las personas con las cuales viviremos bajo un mismo techo, pero creemos que a todos nos ha llamado el Señor a seguirlo. Es más, creemos que es Cristo quien nos llama a servirlo allí.

San Benito ha sintetizado, en su *Regla*, la mirada de fe sobre la relación entre generaciones de la tradición monástica que lo precede con el “precepto”: *Seniores venerare, iuniores diligere* (RB 4,70-71; 63,10).

Sin embargo, “venerar a los ancianos, amar a los más jóvenes”, no es solamente un *precepto* monástico, fruto de la experiencia de generaciones, y destinado a limar asperezas en las relaciones fraternas.

El “precepto”, por así llamarlo, benedictino es en última instancia un *precepto evangélico*, que señala la presencia sacramental del Señor en los hermanos.

La RB, “tomando por guía el Evangelio” (RB pról. 21: *per ducatum evangelii*), nos enseña que se viene al monasterio para escuchar la voz del Señor (*obscura*: RB pról. 1), para estar atentos a esa presencia, en muchos sentidos misteriosa y oculta, del Señor Jesús. Porque es en la escucha que se nos abre la puerta del Reino de los cielos, y comenzamos a recorrer el camino que conduce a la vivencia de nuestro carisma: *la pureza del corazón*.

Escuchamos la voz del Señor y advertimos su *presencia real* en la palabra de Dios, en los sacramentos -especialmente en la Eucaristía- y en los hermanos, sobre todo en aquellos con los compartimos el día tras día de nuestra vida monástica.

Toda la jornada del monje, según la RB, está ordenada a esa *escucha*, a tal punto que el *ora et labora* tienen sentido únicamente si favorecen y contribuyen a desarrollar el silencio interior, que nos permite escuchar la voz del Señor.

En la relación entre las generaciones lo que está en juego es nuestra vivencia de la fe cristiana, el saber descubrir en los hermanos al Señor Jesús.

La misma RB, aunque no lo aplica directamente a este aspecto de la vida comunitaria -la relación entre jóvenes y ancianos-, concede una grandísima importancia al hermano – hermana como lugar privilegiado para el encuentro con el Señor:

“(El abad) se cree, en efecto, que hace las veces de Cristo en el monasterio, puesto que se lo llama con ese nombre” (RB 2,2; cf. 63,13);

“... todos somos uno en Cristo, y servimos bajo un único Señor...” (RB 2,20);

“Orar por los enemigos en el amor de Cristo” (RB 4,72);

“Ante todo y sobre todo se ha de atender a los hermanos enfermos, sirviéndolos como a Cristo en persona, pues Él mismo dijo: *Enfermo estuve y me visitaron (Mt 25,36)*, y *Lo que hicieron a uno de estos pequeños, a mí me lo hicieron (Mt 25,40)*” (RB 36,1-3);

“Recíbanse a todos los huéspedes que llegan como a Cristo, pues Él mismo ha de decir: *Huésped fui y me recibieron (Mt 25,35)*” (RB 53,1);

“Muestren la mayor humildad al saludar a todos los huéspedes que llegan o se van, inclinando la cabeza o postrando todo el cuerpo en tierra, adorando en ellos a Cristo, que es a quien se recibe” (RB 53,6-7);

“Al recibir a pobres y peregrinos se tendrá el máximo de cuidado y solicitud, porque en ellos se recibe especialmente a Cristo” (RB 53,15).

En estos pasajes advertimos con claridad que san Benito tiene muy presente la “ley de la encarnación” en la vida comunitaria. En los textos citados recurre al conocido pasaje de *Mt 25,31 ss.* Sin violentar su pensamiento podemos ampliar el recurso al NT, a fin de precisar más claramente que ancianos y jóvenes en sus mutuas relaciones descubren el amor de Dios presente en sus vidas:

*Un escriba que los oyó discutir, al ver que les había respondido bien, se acercó y le preguntó: «¿Cuál es el primero de los mandamientos?».*

*Jesús respondió: «El primero es: Escucha, Israel: el Señor nuestro Dios es el único Señor; y tú amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma, con todo tu espíritu y con todas tus fuerzas.*

*El segundo es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento más grande que estos».*

*El escriba le dijo: «Muy bien, Maestro, tienes razón al decir que hay un solo Dios y no hay otro más que él, y que amarlo con todo el corazón, con toda la inteligencia y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a sí mismo, vale más que todos los holocaustos y todos los sacrificios».*

*Jesús, al ver que había respondido tan acertadamente, le dijo: «Tú no estás lejos del Reino de Dios». Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas (Mc 12,28-34).*

*La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros.*

*Y nosotros hemos visto su gloria, la gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad.*

*Nadie ha visto jamás a Dios; el que lo ha revelado es el Hijo único, que está en el seno del Padre (Jn 1,14.18).*

*Nadie ha visto nunca a Dios: si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y el amor de Dios ha llegado a su plenitud en nosotros.*

*Nosotros amamos porque Dios nos amó primero.*

*El que dice: «Amo a Dios», y no ama a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve?*

*Este es el mandamiento que hemos recibido de él: el que ama a Dios debe amar también a su hermano (1 Jn 4,12.19-21).*

Es esta “ley de la encarnación” la que da sentido y hace posible la vida en comunidad cristiana, y la que da plenitud al “precepto monástico” de amar a los jóvenes y venerar a los ancianos.

Debo reconocer que ni en el artículo, escrito en colaboración con el P. Mauro Matthei, osb, hace ya varios años<sup>1</sup>, ni en mi intervención en el EMLA de San Pablo (1994)<sup>2</sup>, había puesto suficientemente de relieve el valor evangélico de la relación entre las generaciones. Y sin este fundamento, todo el edificio queda sin bases suficientemente sólidas.

Una de las grandes alegrías cotidianas de las monjas y los monjes cristianos, que vivimos según la Regla de san Benito, es (o debería ser) tocar a Cristo, si se me permite la expresión, cada día en nuestros hermanos jóvenes, ancianos, y de todas las edades; servirlo y, ¿por qué no? adorarlo en ellos, conforme a la conocida expresión de nuestros antecesores: “He visto a mi hermano, he visto a Dios”.

*Enrique Contreras, osb*

*Monasterio Santa María*

*C. C. 8. B6015WAA Los Toldos*

*Argentina*

---

<sup>1</sup> “*Seniores venerare, iuniores diligere*”. *Conflicto y reconciliación de generaciones en el monacato antiguo*: Cuadernos Monásticos, n. 30 (1974), pp. 447-480.

<sup>2</sup> *Los jóvenes y la vida monástica. Reflexiones desde mi experiencia comunitaria en el Monasterio de Los Toldos*: Cuadernos Monásticos n. 115 (1995), pp. 475-491.